EL FINANCIERO

Fecha	Sección	Página
19.11.2026	Opinión	PP-35

Nadine Cortés
ANTES DEL FIN

¿Quién sembrará México?



El martes, los agricultores retiraron sus tractores de las carreteras tras anunciarse un incentivo federal de 950 pesos por tonelada de maíz.

El gobierno atendió una urgencia; los productores obtuvieron una respuesta. Pero quedó una pregunta más difícil: ¿quién sembrará México cuando quienes hoy lo hacen dejen de hacerlo?

El precio del maíz explica la protesta, no todo el problema. En octubre, la Encuesta Nacional Agropecuaria 2025 del INEGI mostró que ocho de cada diez personas productoras tienen 46 años o más.

Menos de tres de cada cien tienen treinta años o menos. No son todos los trabajadores rurales ni sólo los maiceros. No anuncia un campo sin agricultores. Significa que hay un problema de relevo generacional que ningún acuerdo sobre una cosecha puede resolver por sí mismo.

Un agricultor puede heredar la tierra a sus hijos, pero no heredarles la posibilidad de vivir de ella. Ellos observan los costos, las deudas anteriores a la cosecha, la incertidumbre para venderla. Comparan ese futuro con otro empleo, otra ciudad, otro país. No necesitan perder el amor por el campo para abandonarlo. Les basta con hacer cuentas.

La Procuraduría Agraria registró migración hacia Estados Unidos en 52 por ciento de los núcleos agrarios estudiados y a ciudades mexicanas en 32 por ciento. Son comunidades donde se registra migración, no proporciones de habitantes que emigraron.

Tampoco demuestra que todos se vayan por falta de rentabilidad. Pero obliga a mirar más allá de las hectáreas: el futuro del campo también se decide lejos de él.

En mayo, el gobierno federal anunció un sistema para ordenar la comercialización del maíz blanco, con compras anticipadas, insumos a precio justo y mecanismos de protección. En noviembre, los productores bloquearon carreteras para reclamar pagos y condiciones de venta. Hubo otro incentivo.

Estas políticas pueden aliviar pérdidas. Falta evaluar si cambian las condiciones que obligan a negociar bajo presión cada cosecha.

Aquí se separan dos calendarios. El gobierno necesita que termine la protesta; el país necesita que continúe la producción.

El primero puede resolverse en una mesa. El segundo requiere años de rentabilidad, crédito, agua, tecnología y jóvenes que encuentren razones para quedarse. Un subsidio por tonelada ayuda a comercializar lo cosechado. No garantiza que alguien decida sembrar el año siguiente.

¿Tenemos capacidad para suplir a quienes se retiren? En parte, sí. La productividad puede aumentar con inversión y mecanización; una empresa puede trabajar tierras que una familia deja; las importaciones pueden cubrir faltantes.

México todavía abastece con producción nacional sus necesidades de maíz blanco para consumo humano, mientras importa buena parte del amarillo. Eso no implica un desabasto inminente. Pero abastecer los mercados y conservar capacidad productiva no es lo mismo.

Una parcela arrendada puede seguir produciendo, incluso rendir más. Pero pueden cambiar el empleo, las ganancias y la vida de comunidades enteras. La pregunta ya no es sólo cuántas toneladas tendremos, sino quién podrá producirlas y bajo qué condiciones.

Mañana se cumplen 116 años del inicio de la Revolución mexicana, que tuvo la tierra entre sus grandes demandas. Hoy aparece otra contradicción: se puede conservar la propiedad y perder las condiciones para trabajarla. La escritura puede permanecer en una familia mientras la

Continúa en siguiente hoja



posibilidad de vivir de la cosecha desaparece de su horizonte.

La protesta visible quizá no sea la señal más inquietante. Quienes bloquearon carreteras todavía están peleando por condiciones para seguir sembrando. El cambio decisivo puede ocurrir sin manifestaciones: cuando una familia renta su parcela, una hija elige otro oficio o un productor decide que el siguiente ciclo será el último. Son decisiones privadas, dispersas, razonables. Acumuladas, pueden transformar un país.

ANTES DEL FIN

Para el gobierno es urgente que las carreteras se abran. Pero el éxito de una política agrícola no debería medirse sólo por los bloqueos que consigue desactivar ni por los apoyos emergentes que anuncia. También por cuántos productores pueden sembrar sin arriesgar en cada cosecha su porvenir, y cuántos jóvenes consideran que vale la pena hacerlo.

Los tractores ya salieron de las carreteras. La pregunta no es cuándo volverán a bloquearlas, sino si las próximas generaciones tendrán razones para llevarlas al campo. Porque una protesta termina cuando la gente vuelve a casa. Una crisis de país puede comenzar cuando sus hijos deciden no volver.